

Ainhara Vivar Rojas
Colegio Vizcaya (Bilbao)
PAÍS VASCO



Quiero volver a soñar

Lucas estaba apoyado en el respaldo de su silla, intentando concentrarse en las frases que la Srta. Rosa, su profesora de Lengua Castellana, analizaba morfosintácticamente en la pizarra. No era su asignatura favorita, tampoco le interesaba demasiado la lección, pero sabía que debía esforzarse, por mucho que le costase. Y le costaba.

Y es que durante las últimas dos semanas, cada noche era un reto: era casi imposible dormir, pues en todos sus sueños aparecía el mismo reloj de arena, que indicaba que cada vez le quedaba menos tiempo. Pero, ¿menos tiempo para qué? Empezaba a pensar que nunca lo sabría, pues nadie le había dado ninguna pista, y cada vez que averiguaba algo que le ayudase a resolver aquel misterio, se despertaba. Y el hecho de estar dando vueltas en la cama durante la madrugada sin poder conciliar el sueño era un suplicio.

Él solía tener un cuaderno donde apuntaba sus descubrimientos e hipótesis, pero la misma profesora - la Srta. Rosa -, se lo había confiscado. Así que, por la noche, sentía que tenía que empezar desde cero otra vez, y esto le ponía muy nervioso.

Aquella misma noche, soñó que, igual que en sus sueños anteriores, debía superar una prueba: recitar de memoria un poema de María Teresa León. Por primera vez, y esto ya le convertía en merecedor de un premio bajo su punto de vista, consiguió acordarse de todo.

Era la primera prueba que conseguía completar. <<¡Gracias, Señorita Rosa!>>, gritaba para sus adentros. De repente, la sala en la que se encontraba se tambaleó, y el suelo se abrió en dos. Mientras caía cerró los ojos y esperó encontrarse en su cama, despierto. Pero no fue así, y cayó al suelo. Tuvo que admitir que la caída le dolió bastante, lo cual era raro, pues él sabía que en los sueños no se podía sentir dolor.

Cuando alzó la mirada, se encontró un hombre de dimensiones extraordinarias, demasiado grande para ser humano, pensaba Lucas. Tenía el pelo largo y canoso, y una barba del mismo color. Su mirada era severa. A su lado, había un reloj de arena, de unos tres metros de altura, diría él. Era el mismo reloj con el que soñaba cada noche.

- Saludos, joven muchacho. Veo que, después de tomarte tu tiempo, has conseguido superar la prueba necesaria para acceder aquí. He de decir que estoy sorprendido, y seguro que tu profesora de Lengua estaría orgullosa.

Este comentario sorprendió a Lucas. ¿Cómo sabía él sobre su vida de estudiante?

- Permíteme presentarme. Soy Drimin, encargado de hacer que las personas puedan soñar, en pocas palabras. Todos viajan a otros mundos cuando duermen gracias a mí. No obstante, he de asegurarme de que ciertas personas son dignas de soñar. Entre ellas tú, Lucas. -Hizo una pequeña pausa y prosiguió.- Bien, tu última, y decisiva prueba será la siguiente: deberás impedir que toda la arena llegue a la parte inferior del reloj de arena. ¿Crees que podrás hacerlo? Sinceramente, no importa tu respuesta, pues si no lo consigues, no podrás volver a soñar.

Lucas dirigió rápidamente su mirada al reloj. La arena se escapaba lentamente, pero no quedaba demasiada en la parte superior. Nuestro protagonista se golpeaba la cabeza intentando pensar en algo, cualquier cosa para completar la prueba. Intentó subirse al reloj, pero no podía evitar resbalarse. Tenía que pensar en otra cosa. O no. De repente, tuvo una idea. Se dio cuenta de que aquella situación era parecida a un sueño lúcido, así que, en cierta manera, podía controlar el sueño a su antojo.

Usando toda su concentración, materializó una escalera, y cuando estuvo encima del reloj, visualizó en su mente cómo la tapa que cerraba el reloj desaparecía lentamente. Después, cogió un montón de arena con las dos manos y lo expulsó afuera. Ya estaba, ese montoncito de arena no llegaría a la parte inferior. Había completado la prueba. Drimin aplaudió, mientras elogiaba las habilidades del chico.

- ¡Muy bien, joven! Has usado tu imaginación y has ganado el derecho a soñar. Y no solo eso, también voy a concederte un deseo. Vamos, dime, ¿qué quieres? - preguntó el hombre.

Después de meditarlo unos minutos, le dijo lo que quería: quería el poder de soñar a voluntad.

- ¡Pues que así sea! -exclamó Drimin- Y ahora, ya eres libre para marchar.

La mañana siguiente, Lucas se despertó gracias a su alarma, pues había dormido durante toda la noche, y por fin se sentía descansado. Cuando fue al colegio, dio lo mejor de sí mismo, y los profesores le felicitaron por su actitud.

Pasaron los días, y las ojeras de Lucas se disiparon casi por completo. Además, estaba bastante feliz, pues se pasaba las tardes en su “mundo imaginario”, disfrutando de su deseo: estaba soñando despierto.